



CONVIVENCIA EN LO NACIONAL

Desde la más alta magistratura católica, se ha hablado en estos días contra "el nacionalismo absoluto, el orgullo de la raza y de la sangre, y la codicia de la hegemonía para la posesión de los bienes terrenales". ¿Quiéren esas palabras decir que toda forma de nacionalismo merece anatema? Claro está que no. Claro está que no, pero estaba claro también que afirmación tan vehemente y de tan ilustre procedencia, iba a ser recibida y deformada —deformada al mismo tiempo que recibida— por los chavales del resentimiento izquierdista y democrático.

En nuestro número 26 —primero de este año— intentamos, con toda oportunidad, por lo visto, distinguir entre nacionalismos de hecho y de derecho: entre el nacionalismo como primer encuentro histórico de un pueblo consigo mismo y el nacionalismo en sus formulaciones ideológicas. Y agregábamos que la gran realidad permanente que esa denominación encierra —nombre, en fin de cuentas, si no exacto, genérico, de todas las corrientes adversas al universalismo izquierdista y proletario, cuya primera faz política asoma, con máscara burguesa, en la Revolución de 1789— corría el riesgo de verse deformada por las diversas ideologías que en el curso del tiempo tratan de expresarla. Riesgo adscripto, claro está, a su esencial condición de realidad viva e histórica, que no ideológica. Las formulaciones ideológicas, en cambio, tienden, de suyo, a paralizarse en esquemas. Ahora bien, en la Historia la parálisis —los esquemas— es el nombre, no de una enfermedad entre otras, sino de la muerte misma.

No se nos escapa que afirmación como la que antecede, puede interpretarse en el sentido de propiciar nosotros un crudo empirismo oportunista. Nada, sin embargo, más alejado de nuestro intento que pareja interpretación. No. Para quien tenga una idea clara —o aún borrosa, pero justa— del significado histórico de los movimientos nacionalistas, la cuestión no puede prestarse a equívocos. Veamos por qué.

Adviértase, en primer término, que para dar batalla al liberalismo, esto es, a una corriente histórica que por insólita condición, identifica

ba el quehacer político con móviles ideológicos y postulados racionalistas, no había otro remedio, si quiera sea en un primer momento de esa pugna, que echar mano de armas similares a las del adversario, ya que en él lo más fuerte y nocivo —su sustancia misma— era el bagaje ideológico. Hubo así que descender constantemente al terreno de la refutación y la polémica y aun hoy, si aguzamos un poco el oído, el eco de la gran pugna doctrinal ochocentista, acaba por aturdirnos.

Pero esa guerra ya no es más. El liberalismo originario está derrotado. Y si de tal derrota no ha sido autor exclusivo el apretado argumentar de las fuerzas tradicionales, lo cierto es que de la enorme armazón racionalista del liberalismo apenas queda ya nada. Las energías oscuras del resentimiento y del número, dominan hoy las instituciones concebidas por el optimismo humanitario de los liberales. Y mandada a guardar por innecesaria la burguesa máscara democrática, el hombre nuevo del comunismo exhibe —cínico— el rostro bestial.

Sobrepasado, por lo tanto, aquel primer momento de oposición al liberalismo doctrinario, y vencido éste en sus postulados ortodoxos, cumple hoy a las fuerzas de conservación social —que nada tienen que ver, por cierto, con los llamados partidos conservadores— revisar sin pérdida de tiempo sus postulados teóricos —dedida de tiempo por la razón que se dió, a mansiada próximos por la razón que se dió, a los racionalistas del adversario— y, trascendiéndolos, hacer patente para todos, la esencia entrañable que los sustenta, es decir: el hecho vivo y permanente —tradicional— de la nacionalidad, por cuya virtud se mantienen y transmiten los valores universales del espíritu. Así se dan, en efecto, las cosas. En la historia, lo nacional es el modo colectivo de ser humano el hombre. Y si bien es cierto que por encima de lo nacional caben formas más vastas de convivencia pública, también lo es que ellas no serían posibles sino a partir de nacionalidades ya constituidas. De donde se deduce que para ac-

ceder a formas más universales, es preciso antes haber convivido históricamente en la unidad de la nación.

Referidas las anteriores consideraciones a la Argentina, el tema adquiere aún más claridad. La rigencia del error liberal ha sido entre nosotros, si no menos nocivo, si infinitamente menos intenso que en su lugar de origen, que en Europa. Es evidente que la gran revolución burguesa del siglo XIX no tuvo en América ni causas ni móviles históricos propios. Todo lo aquí acontecido, fué eco y réplica atenuada del formidable sacudido europeo. Sólo en forma aproximada y analógica cabe hablar en América de liberalismo. Antes y después de éste, América es un hecho histórico, no traducido aún en términos de cultura, si bien sus orígenes y su vocación profunda —que España le imprimiera— se nutren de la gran tradición cultural de Occidente.

Ahora bien, como en el resto del mundo, el liberalismo, entre nosotros, está vencido. No importa que los grandes mascarones de proa del Estado, de la Universidad, de la Prensa, de la Escuela, simulen, todavía, encarnarlo. Lo que en realidad esas instituciones defienden, nada tiene que ver con el viejo —y casi simpático— liberalismo. Por lo tanto es inútil y hasta grotesco combatirlo como si aún estuviera en vigor. Es estéril, por ejemplo, creer que la abstracta restauración de la enseñanza religiosa o de las humanidades clásicas mejoraría en un ápice la grave situación actual. No. La tarea que las nuevas generaciones tienen por delante es mucho más compleja y abarcadora. Se trata —nada menos— de estructurar —favorecidos por la circunstancia de haber caído los argentinos en la cuenta de ello— los elementos dispersos y aún no del todo elaborados de la nacionalidad. Por primera vez en su historia acontece, en efecto, que los argentinos sientan, como remedio único a la actual crisis, la urgencia de congregarse —bajo la etiqueta de tal o cual expediente ideológico, de tal o cual ideario político o social, sino en el hecho vivo y común de su común condición de argentinos.

NUESTRO TIEMPO.

NUESTRO TIEMPO: Convivencia en lo nacional. — Sobre un fraile pacífico. — SANTIAGO DE ESTRADA: Poder y sabiduría. — JULIO MEINVIELLE: Los dos pueblos del gran Seductor. — SPECTATOR: Llamado al orden. — LEONARDO CASTELLANI S. I.: Sobrias y política. — M. A.: Italia, jurra de combate.

28

LOPE DE VEGA: Espera, pues y escucha... — J. A. GARCIA MARTINEZ: Aproximación inicial a Dostoyevski. — CORRESPONDENCIA Y RESEÑA DE LECTURAS. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos. — JOSE M. CANTILLO: Viñetas.



PODER Y SABIDURIA

Mientras el Poder y la Sabiduría no se encuentran reunidos en un mismo sujeto, inútil será cualquier intento de ordenar la especie humana. He aquí por qué la "República" tendría que ser gobernada por auténticos filósofos, cuyos almas, sin mancha de ruindad ni de cobardía, se deleitaran en la contemplación de la Verdad: por filósofos, de tal manera identificados con las leyes divinas que rigen el mundo, que fuesen como la expresión humana de las mismas. Platón, desesperando hallar un gobierno de ese género sobre la faz de la Tierra, invitaba a los hambres a buscarlo en el Cielo e inspirarse en él como modelo, y, con un dejo de melancolía, hacía notar que el sabio no consentiría en hacerse cargo de otra que no fuera su República ideal. Evidentemente, el gran pensador griego habría exultado de gozo si hubiese recibido la gracia de contemplar aquella "Urbs Jerusalem beata... veniens e caelo".

Esta gracia la recibió a raudales San Dionisio Areopagita, llamado con razón la versión cristiana de Platón. En su tratado sobre la Jerarquía Eclesiástica, habla con magnífica elocuencia de los pontífices, que, como los filósofos de la República, pero en un plano infinitamente superior, reúnen el Poder y la Sabiduría. Diríase que el Santo veía en la dignidad episcopal la realización del arquetipo platónico. Y lo subrayaban motivos para ello. Porque el Pontífice participa de manera perfecta de todas las riquezas que posee la Iglesia; la ciencia sobrenatural encerrada en las sagrados misterios ilumina su espíritu santificado, y él, investido de la dignidad de su jerarquía, cumple las augustas funciones a que ha sido llamado, penetra con divina certidumbre el sentido profundo que ellas

simbolizan y, al mismo tiempo que comunica a los fieles la verdadera ciencia, los conduce con criterio seguro a la salvación eterna.

El Pontífice vive en la contemplación de la Verdad; su ciencia no es parcial ni lograda por esfuerzo humano, sino participación perfecta de la Sabiduría increada. Lejos de perderse en la multiplicidad de las cosas sensibles, su inteligencia descansa en la Belleza, que es el esplendor de la Verdad. La Fe nutre y eleva su razón, y la razón, puesta al servicio de la Fe, llega a los umbrales de la visión beatífica. Por eso cabe afirmar de él que ha alcanzado el grado sumo del saber, que es la Santidad; de ahí que no sea simple metáfora el tratamiento de Santidad reservado entre nosotros para el primero de los pontífices.

La intrepidez y el honor no podían faltar al filósofo auténtico. Pero ¿de quién podría afirmarse con más propiedad que no hay en él ni sombra de ruindad ni de cobardía que del Pontífice? Vedlo sino llegar al Altar donde ha de renovar el sacrificio inruento de nuestra Redención: precedido de su corte, llega al pie de las gradas, y, mientras sus siervos y ministros se detienen allí, él, lleno de santa osadía, besa el ara e inicia la celebración de lo misterios. A veces el Señor quiere un testimonio personal, y la sangre misma del Pontífice derramada por el puñal del verdugo va a mezclarse con la preciosísima Sangre del Hijo de Dios.

Elevado, así, a la contemplación del verdadero Sol de Justicia, después de haber contemplado en El lo bello, lo justo y lo bueno, el Pontífice descendiendo a la morada común de los fieles para gobernarlos, no como los caudillos que en los estados temporales riñen por sombras vanas y disputan por su mezquina autoridad, sino con reinado perfecto de orden y de paz. Por eso el trono pontificio está colocado junto al altar del cual deriva precisamente el Poder, y la grey cristiana a su vera, descanza tranquila en la unidad de la Fe, de la Obediencia y de la Caridad.

¡Ah! nosotros podríamos haber dicho con derecho a Adimanto que nuestros jefes, con la mirada siempre fija en las cosas esenciales, se consagran a imitar y a interpretar en sí mismos el orden y la armonía, pues ¿cómo sería posible accearse sin cesar a un objeto, con admiración y con amor, sin tratar de asemejarsele? Realmente de esta suerte el Pontífice es el tipo de varón perfecto que, redimido por la Sangre de Cristo e incorporado a la plenitud de sus misterios, llega a hacerse divino en la medida compatible con la común condición humana.

La Santa Iglesia Católica, gobernada por los pontífices, es la República perfecta donde ha sido logrado el gobierno ideal: arquetipo en el cual cada cristiano ha de inspirarse para dar primacía a la Sabiduría en todos los actos de la vida; Sabiduría que supera a la ciencia empírica del mundo y a la razón de los filósofos, puesto que deriva de Dios y a El se dirige. Por lo mismo, la Iglesia es también modelo para los Estados, ya que éstos han de ser regidos con prudencia y han de buscar en Dios la fuente de toda autoridad. ¿Cómo nos llamaría, pues, la atención la inversión completa de valores que caracteriza al mundo moderno? ¿Qué podría extrañar ver al hombre apartado de la Iglesia, sometido a la tiranía de los poderes infernales?

Verdaderamente tenía razón Platón cuando afirmaba la necesidad de que el Poder y la Sabiduría se encontrasen reunidos, y verdaderamente sólo la Iglesia ha sido capaz de lograrlo así.

SANTIAGO DE ESTRADA



El naturalismo que ha invadido la vida privada y pública de las sociedades, en otro tiempo cristianas, nos ha hecho olvidar la existencia real y activa de la Gran Seducción que ejerce "aquel dragón descomunal... que anda ocultando el orbe" (Apoc. XII, 9), con el propósito de secularizar completamente la civilización. Frente a la Iglesia entonces, cuya misión es la consagración de todas las manifestaciones de la vida civilizada se levanta la Contra-Iglesia, que trabaja en la tarea contraria de profanarlo todo. Pero sería grave error concluir de aquí que la Contra-Iglesia esté formada por un solo y único pueblo. A poco que se considere el desenvolvimiento de la vida humana, es fácil observar que en la realidad vivida, frente a una concepción católica se presentan dos maneras irreductibles de vida, una que finca en la exaltación de los puros valores naturales, como el poder, la fuerza, el honor, el heroísmo, la raza, la nación, la sangre, el suelo; otra, en la exaltación de valores cuasi sobrenaturales, como la libertad, igualdad y fraternidad universales. "Cuasi" sobrenaturales —digo— porque estos valores que sólo pueden lograr auténtica y saludable realidad en la Iglesia Católica, se pretenden conquistar aquí al margen de Ella y en contra de Ella.

Estas dos manifestaciones de la vida encuentran su cumplimiento en dos viejos pueblos que llenan todas las páginas de las Sagradas Letras, los pueblos paganos y el pueblo judío. La historia no puede ser entendida si no se tiene presente esta verdad, cuya vigencia puse de relieve ya una vez. (Ver mi ensayo "Los Tres pueblos bíblicos", 1937) y que es necesario recordar aquí para asignar los justos límites de la acción del gran Seductor en la historia de los pueblos.

Los pueblos paganos

El paganismo es una concepción total de la vida que se mide por la relación del hombre con Dios y con los demás hombres. Los paganos no niegan la existencia de Dios ni su providencia pero, en lugar de adorar como tal al único Dios vivo y verdadero, transfieren sus homenajes de adoración a las criaturas, que tanto pueden ser las irracionales cuanto el mismo hombre, o la raza, o la sangre, o atributos como el poder. San Pablo reprende a los Romanos porque "habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, sino que ensorbercidos devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas, y mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios, hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible... el honor debido solamente a Dios incorruptible." (I, 21-24).

Esta divinización de la criatura que se resolvía, por un camino u otro, en la deificación del propio grupo social, o sanguíneo o nacional, con exclusión y abominación de los extraños, considerados como enemigos a los que había que someter o eliminar, trae necesariamente el particularismo exclusivista de los pueblos paganos.

De aquí que los pueblos paganos no hayan podido nunca lograr una unidad completa y universal. Su fuerza de expansión, aún en los conatos imperialistas envuelve características centripetas alrededor del núcleo de la propia tribu, nación o raza. Y sus grandes civilizaciones han llenado siempre un lugar determinado de espacio y tiempo, sin categoría universal, al menos suficiente como para asignar a la universalidad del género humano la dignidad humana de que se sentían depositarios. Se deleitaban sobre todo a que el hombre pagano se moviera formalmente dentro de un ámbito con límites señalados por la razón, que no exceden por tanto los límites de la naturaleza; y que en el estado de caída en que ésta se encuentra no puede, sin la ayuda de auxilios sobrenaturales, alcanzar lo verdaderamente universal. Por esto hay que hablar de pueblos paganos, como por el contrario se ha señalado la existencia de un

católica íntegra y actuante. Por esto hay que recordar hoy con nuevo vigor, que los pueblos no pueden ser salvos, aún en los valores naturales de una auténtica civilización, si no es por una gracia de la Iglesia. Los hombres y los pueblos, dejados a sus propias fuerzas, van a caer en la servidumbre o en la disolución social; en un nacionalismo egoísta o en un internacionalismo disolvente; en la idolatría de la sangre o la idolatría del dinero, que es universal; o en la *autoridad*, que es despotismo de amos visibles o en la *libertad* que es despotismo de amos invisibles. Frente a una civilización pagana o judaica hay que afirmar la absoluta necesidad de una civilización cristiana, que sólo es verdadera civilización.

JULIO MEINVILLE

LLAMADO AL ORDEN

La revolución del 4 de Junio, con esa nitidez que resalta en los períodos de crisis, ha contribuido a revelar el fondo subconsciente de las preocupaciones dominantes que se ocultan en los repliegues del alma nacional. Se trata de preocupaciones imbuídas de lo que Nietzsche llamaba "moralina", es decir, de valoraciones éticas ceñidas a la materialidad de los preceptos y ajenas al espíritu que vivifica la conducta y logra una perfección entitativa del hombre. Semejante formalismo moral, por arraigar en el limo tenebroso de la subconsciencia, facilita la sublimación de los más oscuros y turbios sentimientos. So pretexto de moralizar, partidarios y detractores de la revolución dan muestras de un ánimo tortuoso que no acierta a dar albergue a un genuino interés por el bien público. Así se engendra un confusionalismo incompatible con la serenidad y el criterio objetivo indispensables para establecer el señorio de la verdad; así se conspira constantemente contra la posibilidad misma de extirpar la discordia y retornar a la convivencia social de la gran familia argentina.

No se impute lo dicho a ingenuidad de nuestra parte. No es este un beato e inoperante llamado a la concordia. Cuando hablamos de crisis no se nos oculta el formidable sentido de lucha, de agonía, que esta palabra trae aparejado, máxime cuando ella implica — como en la crisis actual que afecta al mundo entero — la irreductibilidad de las concepciones acerca del orden que habrá que instaurar en el futuro. Ya que la lucha es inevitable, lo que exigimos a todos, especialmente a quienes de una u otra manera gravitan sobre la opinión pública, es que traten los problemas con la máxima objetividad de juicio. Sólo esa postura puede garantizar la lealtad hacia el contrincante y la exclusión de todo fanatismo. Quien tema el combate en ese terreno confiesa *ipso facto* que no ama la verdad y, en consecuencia, puede ser descalificado por la gente honrada.

Hay que desterrar para siempre los procedimientos desdeñosos. Que no se tergiversen a sabiendas el pensamiento del adversario para menoscabarlo ante el público; que no se exciten las pasiones, ya de sobra exacerbadas por una artera propaganda internacional, para atraerse adeptos cuya adhesión fuera imposible por las clásicas sendas de la persuasión intelectual; que no se menosprecien, como a bagatelas, al tacto y la prudencia ni se eludan el respeto y la buena voluntad en el trato con los hombres; que no se juzgue por esquemas dejando de lado, por falta de examen o por malicia, lo que haya de aceptable en las doctrinas contrarias; que el resentimiento, esa terrible enfermedad que corroe el alma de los mediocres, no inspire jamás nuestros actos o nuestras opiniones. Hay que retornar, en una palabra, a las antiguas virtudes caballerescas, a la tradicional hidalguía de la estirpe. No pedimos, claro está, y menos en la confusión presente, que todos tengan claridad de ideas; exigimos un esfuerzo sincero para sentir una conducta que haga posible la convivencia con el prójimo y permita — excuso el ánimo de turbulencias — la discusión rigurosa de las ideas contrapuestas.

Denunciamos, pues, como contrarias a la auténtica moral, esas preocupaciones pseudo-éticas

a que aludíamos al comenzar esta nota. Mero pretexto para sublimar mezquindades de toda suerte, son expresión inequívoca de la más antisocial egolatría y del fanatismo más repugnante.

Para merecer la calificación de honrado hay que llegar a ser todo un hombre, como gustaba decir Unamuno. La moral auténtica consiste en eso y no se agota en el mero cumplimiento de los preceptos. Es una verdadera obra de arte y, como tal, no depende exclusivamente del fiel empleo de las reglas de ejecución, es una *areté*, un ideal encarnado en el alma, cuya relación con los preceptos éticos es similar a la que guarda una obra literaria respecto a la preceptiva y a las reglas gramaticales. Así como el cumplimiento de todas ellas no garantiza el valor estético de la obra, así también puede un hombre circunscribir sus preocupaciones morales a la más escrupulosa observancia de la ley, sin llegar al esplendor de una personalidad. Si no realiza la figura ideal inscrita en su más entrañable carácter, si no es fiel a sí mismo, esto es, al proyecto vital en que cada uno consiste, si falsifica su auténtica fisonomía, si no llega a ser todo un hombre, su conducta puede compaginarse con una lamentable miseria espiritual.

Urge una pedagogía cívica que enderece las almas hacia la meta de una indiscutible dignidad humana. No favorecen ciertamente esa conquista las agitaciones de plazuela, el desenfreno de los odios y la temible aparición, en la escena pública, de agitadores de toda laya que configuran el hombre de pura acción, esto es, del hombre que actúa sin fidelidad a nada, ni a nadie y sólo se rige por el más empírico oportunismo.

SPECTATOR.



SOBRINAS Y POLITICA

A mi sobrina María Lilia Genta.

Mis sobrinas adoptivas por desgracia se están multiplicando más de lo que dan mis recursos.

Mis sobrinas adoptivas son chichuelas abandonadas por sus padres (excepto María de los Lirios, naturalmente). Muy pobres, y si es posible enfermas encima, que yo pongo en un Asilo de Monjas con ayuda de mi señora Misia Dolores Anchoyena que Dios bendiga, para que me las crien para Dios (no para monjas) y voy a visitar el segundo Domingo de cada mes según Reglamento; porque tengo la idea vaga, posiblemente heterodoxa, de que las monjas solas no bastan para educar niñas, sino que debe haber un varón cualquiera (no tan cualquiera) de vez en cuando que las vea, y les hable de política. No soy yo lo que empiezo. Son ellas las que empiezan a hablar de política.

Ayer mi sobrina Teresa María (Fernández, 9 años) me armó un lío muy gracioso pretendiendo que le explicase la guerra.

—Tendré automóvil, en efecto, y las llevaré a pasear cuantas veces ustedes quieran — menos a la Tona si es mala... — cuando acabe la guerra...

Teresa abrió muy grandes los ojos y dijo:

—Pero, ¿la guerra no acabó ya?

—No hija, ni de lejos.

—Y ¿qué es la guerra, tío?

—Matarse los hombres.

—¿Cómo, tío?

—Con fusiles y cañones.

—¿Cómo hacen los cañones, tío?

—Tiran bombas.

—¿Se aprieta un gatillo y ¡pum!

—No. Se los golpea con un martillo grande

en la culata.

—¡Ay qué risa! Yo la golpié ayer a Tona con un zapato. ¿Cómo son las bombas, tío?

—Grandes hasta ese cuadro.

—¿Qué tienen adentro?

—Fósforo.

—¡Ay qué risa! ¿Llenas de cajas de fósforos? ¿Para qué, tío?

—No. Llenas de fósforo líquido, que al caer se enciende y empieza a quemar todas las casas, y si toca una persona viva, se le pega y empieza a quemarla viva.

—¡Ay, qué cosa! ¿Mujeres también?

—Mujeres con bebés en los brazos.

—¡Ay, tío! Y, ¿qué hacen?

—Salen corriendo, todas *envolvidas* en llamas, y se tiran al río.

—¿Y no se ahogan?

—Se ahogan. Pero es mejor ahogarse que quemarse vivo.

—¿Y ir al infierno es peor?

—Casi igual.

—Dice Sor Isabel que ir al infierno es peor.

—Si. Ir al infierno es peor todavía.

—Los hombres que tiran las bombas con los fósforos, ¿se van todos al infierno?

Yo me quedo mudo, porque no sé contestar; y ella se queda muda, humbida en un pensamiento abismático. De repente, brota la luz en su alma, y pregunta casi en un grito.

—¿Tío! ¿Y los vigilantes?

La incoherencia me desconcierta.

—¿Tío! ¿Y los vigilantes? ¿Qué hacen?

—¿Y qué querés que hagan, mi hijita? También matan hombres.

—Mentira.

—Palabra de honor, hijita. Los vigilantes justamente son los que matan a los hombres de la otra nación enemiga.

—Es mentira. Dice Sor Isabel que los vigilantes están puestos por el Gobierno para que ninguno robe, ni mate a los otros hombres.

—Eso es en tiempo de paz. Pero en tiempo de guerra todos los hombres jóvenes del país se visten de vigilante y matan a los hombres de la nación vecina, y si no es vecina, atraviesan el mar, se van al Japón, y los matan; a no ser que los maten a ellos primero.

—Tío, ¿y por qué Dios los deja que hagan eso?

—Por los pecados de los hombres.

—¿Y de las mujeres?

—También, hija. No vayas a creer que las mujeres no hacen pecados. Hacen menos que los hombres, pero hacen.

—¿Y la Argentina no está en guerra?

—Ahora no está. Pero puede estarlo si nos descuidamos, si seguimos haciendo pecados, y si no rezamos mucho, mucho; principalmente las chicas.

Teresa examina rápidamente su conciencia y encuentra con inquietud que no reza mucho que digamos; y la visión espeluznante de la mujer envuelta en llamas que corre gritando hacia el río la estremece un instante. Los dos enmudecemos y yo me levanto para irme. Pero ella me detiene.

SOBRE UN

Desde la ciudadela del semanario de los tres puntos suspensivos anticipados, un Fray Pacífico, s. v. (¿sac. rasco?) viene taponando de intrigas — entre feminoides y sacerdotescas — el mundo de setanas de Buenos Aires. Que el padre tal lleva cabellera plateada, que el padre cual tartamudea, que aquel intriga contra Juliano, que este no se la perdona a mengano, que habría que quitarle licencias eclesiásticas "para escribir" (sic) a uno que ataca a la democracia igualitaria, que porqué el otro no termina una traducción prometida, que el Nuncio sueña con su birrete cardenalicio, que qué tanto, que qué ignorante es este u aquel fraile, que los dibujos "futuristas" de nuestra portada, que la Facultad de Teología, que... en fin, que este Fray Pacífico encuentra su paz en hacer suéteres turbias que revuelven luego con gozo beatífico de su alma.

Sabemos quién es el ex-religioso que predice

—Tío ¿quién es el jefe de los vigilantes en la Argentina?

—Un señor que vos no conocés.

—¿Es bueno?

—Creo que sí.

—¿No va a dejar que en la Argentina venga la guerra, no es cierto, tío? ¿Verdad?

Aquí me espeluzna yo. Un tío nunca puede contestar NO SE. Platón dice que en algunos casos la mentira es licita. Hay cosas que lo mejor es no responder de ningún modo. Pero la sobrina me tenía sujeto por la manga.

—¿No es cierto, tío? ¿Verdad?

—Hay otro que manda más que él, querida. Es el Superjefe de los Vigilantes y además de toda la Nación, donde está depositada la fe de todos los argentinos, de los vivos y de los muertos, principalmente de los inocentes como vos. Tiene hijos. El NO QUIERE que la guerra venga a la Argentina. No es esa su voluntad. Pero puede que su voluntad sea quebrada, si Dios no lo ayuda y todos nosotros.

—Tío, ¿por qué no le escribís una carta que no la deje venir a la guerra, que no la deje y que no la deje?

—Porque si hago eso, me pueden poner preso.

—¿Quién?

—Alguno que quiera la guerra.

—¿Y qué importa, tío, que te pongan preso A VOS con tal que no venga la guerra EN TODA LA ARGENTINA?

Esa respuesta es tan tremenda de contestar que yo me enojé repentinamente, arranqué mi brazo de sus manitas, requerí la capa, calé el sombrero, y le dije a guisa de despedida:

—¡Negrita del demonio! ¡No te metas en política!

LEONARDO CASTELLANI, S. J.



ITALIA FUERA DE COMBATE

La literatura de guerra se divide en dos categorías perfectamente definidas. La primera comprende, en sus infinitos matices, la literatura de propaganda. De ella nos han hartado las revistas ilustradas y los libros de relucientes carátulas que colman los quioscos de los ferrocarriles y las librerías hebreas de la calle Florida. La segunda es la literatura de observación y de análisis. En este segundo conflicto mundial, nos había dado hasta ahora pocos testimonios lúcidos y sinceros. Uno de ellos, acaso el más vívido

FRAILE PACIFICO

todo eso; tampoco ignoramos —a pesar del costoso disfraz de santidad de que se viste— las tortuosas sendas, y no tan asexuales, que desde su forzosa exclaustación persigue el esemático fraile que ojaleó la fuera, eugeniamente llevado y traído a esa revista que quiere ser de pensamiento antinazi y que rebaja su nivel de Mur Muerto, con la publicación de tales devaneos freudianos, pasto para las fieras y escandalote regocijado de publicanos y republicanos al tanto de ese secretito de polichinela.

Sería mejor que el tal "pacífico" pensara en su alma, en su única y pobre alma, en el testimonio que debiera dar —para la cual profesó— y en el cielo de su remota aldea pirenaica que le inspirara otros pensamientos, propósitos y acciones que los que ahora le artigan y que arrojan la natural pestilencia de su tribuna de adopción.

Heli, sal de la tierra.

y apasionante, lo proporciona "Italia fuera de Combate", de Ismael Herraiz.

Para los idiotas, que tanto abundan, "Italia fuera de combate" es un libro antitaliano. Permite solazarse a nuestros guarangos "criollistas" en la comparación de los que suponen la cobardía y la traición de todo un pueblo con lo que están convencidos que es su propio coraje hecho de matonismo y de violento olor a agua colonia. Mentira. "Italia fuera de Combate" es un libro muy serio para el que lo sepa leer más allá de la anécdota. No hay trivialidad sino intenso y dolorido dramatismo en sus páginas. Ellas no deben mover a sarcasmo o a vituperio sino a reflexión y a tristeza.

Se trata, como la califica su autor, de un "reportaje". De un reportaje hecho al dolor de Italia en el momento de su derrota definitiva. Pasan por allí en páginas encajadas de interés y de emoción, desde los días triunfales de El Alamein hasta las horas siniestras de la entrega, en Julio de 1943. No nos interesa en este momento la cronología. Nos importa el "alma" de la obra. Puesto que es un libro inteligentemente escrito y pensado, ¿qué puede decir a nuestra propia inteligencia?

A quienes esto escribimos, nos cupo ser testigos, en los días iniciales, de los prolegómenos de la entrada de Italia en acción. Vivimos también esa atmósfera de Roma que tan bien ha visto Herraiz desde el bar del Excelsior y desde la pendiente florida de vía Veneto. Para apreciar la conducta ulterior de Italia, como nación, hay que partir de dos hechos irrecusables que ese testimonio de presencia nos permitió certificar sin discusiones. El primero es que Italia no quería ir a la guerra. No había en ello ninguna razón de poltronería nacional ni ningún divorcio con el régimen. La realidad era simplemente esa: no se quería ir a la guerra. Y si nos preguntamos por qué, creemos que la respuesta menos desacertada sería la siguiente: La aceptación de la guerra significaba la aceptación de la misión de Italia como gran potencia mundial. La guerra del 41 adquirió cierta popularidad en la península —testigo Benito Mussolini— porque planteaba ciertas reivindicaciones nacionales perfectamente encarnadas en el pueblo italiano. Trento y Trieste no eran para los italianos simples expresiones geográficas. Eran los términos que faltaban para completar la cifra de la unidad política. Caporetto fué una derrota militar; no fué una dimisión nacional.

Pero esta vez... No se planteaba ningún problema fundamental de ser o de no ser. Las famosas "aspiraciones naturales", Niza, Córcega, Túnez, eran tan extrañas al pueblo de Italia como sus aspiraciones sobre la península de Kamitchaka. El odio al francés y sobre todo al inglés eran tan artificiales como el resobado odio al "tedesco" que vino luego a esgrimir la contrapropaganda aliada. La perspectiva de la derrota sólo proporcionaba una certeza que el pueblo italiano con su admirable inteligencia percibía claramente: la guerra era el fin de la cultura europea.

No queremos, apresurémonos a señalarlo, condenar con ésto la actitud política del gran estadista caído. Mussolini tuvo una visión grande y

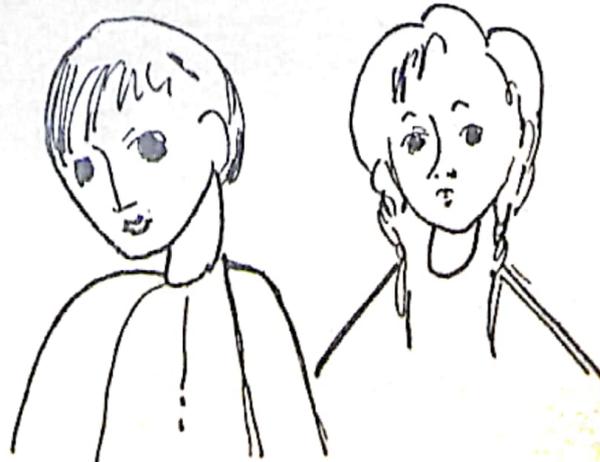
trágica del porvenir de Italia. Su defecto más grande fué sobreestimar a su pueblo. No sobreestimarle en sus evidentes cualidades, sino en aquellas que, sin mengua ninguna para él, no eran de su patrimonio. Mussolini comprendió, lo había probado desde Stresa, que en el mundo que se estaba forjando, sólo las grandes naciones tendrían derecho a opinar, a poner pesas en el platillo. Comprendió que en el mundo futuro sólo habría dominadores y dominados. El, que no era un moralista wilsoniano sino un gobernante, no se sublevó contra el hecho. Sin condenarlo ni justificarlo, sencillamente lo aceptó. Y se dispuso a que Italia, que no era para él el pedestal de su ambición sino la meta de sus únicos afectos reales, fuera de los dominadores y no de los dominados. Y vio, también ceteramente, que para eso se necesitaba ese paso fatal que a él personalmente, (como lo comprobó Summer Welles), no le gustaba. Pero Italia, que apenas tenía una zurecida y artificial realidad nacional nunca podía comprender el destino mundial que se le preparaba. Por eso no quiso ni pudo aceptar antes el sentido de la política que se iniciaba.

Pero llegamos aquí al segundo de los hechos irrecusables de que hablábamos al principio. Italia no estaba preparada. Queda violentamente desmentida la acusación del "helicismo" fascista con la comprobación ulterior de esa asombrosa falta de preparación. La hermosa retórica de las águilas y las legiones encubría un estado militarmente desarmado. La campaña etiópica no fué "test" adecuado. Muchas veces, al ver desfilar a los minúsculos y desgarrados soldados embalsados en sus uniformes demasiado grandes, nos preguntábamos si con ellos se contaba para realizar la profección de Horacio que el estetismo del Duce hizo grabar en las columnas de mármol que guardaban las puertas de Libia, sobre la frontera tunecina. Era el cordero disfrazado de león, más simpático, más noble, que el león que se disfraza hoy de cordero.

Volviendo a Herraiz y a su libro. Los dos hechos que acabamos de anotar, están allí clara y definitivamente demostrados. Lo está también la valiente reivindicación del conductor de pueblos. Se pinta asimismo en su preciso matiz, con mano maestra, la actitud, el "atteggiamento" reservado, respetuoso y distante del soldado alemán hacia sus aliados del mediodía, actitud tan propia de la mentalidad germana, como incomprendible y exasperante para estos últimos.

Hay, sin embargo, en este libro singular, algunas imprecisiones fundamentales de detalle que han permitido la falsa interpretación de que hablábamos al comienzo. Además, y esto es importante, el autor se ha colocado desde un ángulo defectuoso de observación. Ha tenido que ver y juzgar a Italia desde el lugar en que Italia era menos Italia. Es como si un extranjero muy inteligente escribiera un libro sobre la Argentina después de haber pasado un año sin salir de las mesetas del Richmond o de las butacas del Rex.

Esos antros de chismografía, de calumnia y de traición que eran en la Roma mussoliniana los hoteles de lujo, los palacios de la aristocracia y —por qué no decirlo— ciertos circuillos



ESPERA, PUES Y ESCUCHA...

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño:
tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos.

vuelve los ojos a mi fe piadosos
pues te confieso por mi amor y dueño
y la palabra de seguirte empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el vigor de mis pecados
pues tan amigo de rendidos eres.

Espera, pues, y escucha mis cuidados...
Pero ¿cómo te digo que me esperes
si estás para esperar los pies clavados?

LOPE DE VEGA

extrínsecos de la Ciudad Vaticana, eran desgraciadamente los únicos centros abiertos en esa época a la curiosidad del diplomático o del periodista extranjero. Allí, según el grado de santidad de los lugares, sólo se hablaba de mujeres, de "straperlo" o del último balazo que Badoglio le había disparado a un camisa negra prepotente. Herraiz, lo demuestra su libro, no se ha podido sustraer al influjo de esa atmósfera malsana. Su información es siempre de segunda mano. En diecisiete meses de vida romana, no registra en lo que él y nosotros hemos llamado su "reportaje", ningún reportaje real con el jefe del gobierno, con los jerarcas fascistas, tan justamente maltratados, con el Sumo Pontífice o los dignatarios de la Santa Sede, con las principales figuras del Ejército o de la Casa de Saboya. Es realmente admirable que pueda haberse escrito un libro tan bien hecho con las confidencias de un barman o la anodina estupidéz de un subdirector de prensa extranjera.

Rafael Sánchez Mazas, gran europeo y enamorado de Italia trata de salvar en el epílogo la forzada insuficiencia del autor. Pero el hecho queda. Hay que borrar, pues, todas las generalizaciones excesivas que dan ese tono de diatriba a una obra que sin duda no ha querido tenerlo. Que un motociclista alemán rindiera a todo un batallón armado, que un destroyer inglés averiara se apoderara del puerto donde recalaba todo eso hay que ponerlo en el pasivo del trabajo de Herraiz. Pasivo hemos dicho, irremediable.

Pero lo que ninguna exageración bastaría para desfigurar es la infame conducta de la vieja guardia fascista, unida a las fuerzas oscuras que hemos mencionado. No hay posiblemente, en la historia de los últimos movimientos políticos, un episodio más trágico de cobardía y de traición colectivas. Piénsese que en la conjura que dió por tierra con Mussolini y con el honor de la nación, estaban Los Cuadravivros de la marcha sobre Roma, los colaboradores de la primera hora, los hombres que Mussolini había sacado de la nada, los que salieron de la oscuridad por obra única de su genio y su fortuna. Ejemplo temible y siempre docente de lo que puede significar una casta que se apodera del gobierno y traiciona los ideales y los intereses vitales de la nacionalidad. Ejemplo que nos conviene tener muy presentes en estos días para sacar de él las inevitables consecuencias.

Para terminar, "Italia fuera de Combate" nos refleja con fidelidad esencial una página sin duda oscura de una historia llena de glorias. No enigamos en la desaprensiva ligereza de negar a estas por aquella. Italia es un gran pueblo y lo seguirá siendo. No solamente por su aporte imborrable a la cultura de occidente, por las virtudes de sus hijos, por su fervido poder expan-

sivo, sino también por lo que hoy más pareciera faltarle. Por su valor para acometer grandes empresas, por su capacidad para afrontar los más ásperos sufrimientos, por su fidelidad a la fe, por su condición de segundo pueblo elegido: "... ubi Christus est romanus".

M. J.

APROXIMACION INICIAL A DOSTOIEVSKY

Hay novelas que se desenvuelven en circuitos cerrados y, otras, en circuitos abiertos. En unas se establece una relación dinámica entre autor, obra y lector. Es decir: un orbe cerrado en el que la obra sirve como medio de identificación entre autor y lector. La vida de los personajes esconde la vida secreta del lector y, con la muerte de aquéllos, anula el lector los mejores momentos de su vida. Momentos en que, acompañándolos, se ha identificado con ellos obteniendo, así, un precioso e impagable conocimiento del hombre. Su característica fundamental es la exaltación, el sortilegio de la presencia: estado de suspensión, como diría el abate Bremond. Por ello, obras como *El Gran Meaulnes*, *Los Niños Terribles*, *Orlando* o *La Isla del Tesoro* resisten a duras penas una segunda lectura y, casi nunca, la tercera. Cosa que explica también el hecho de que haya obras que estimamos en la infancia o adolescencia y, luego, hemos apartado con asco y, a veces, con terror.

Pero en estas obras, ese clima, esa suspensión sólo es posible para determinados lectores no para todos. Muchos —aún algunos bien capacitados conceptualmente— permanecen fríos e insensibles ante la aventura moral de Maxencio, el personaje de Psichari —es decir: Psichari mismo— en tanto que otros, mucho menos preparados, se identificaban íntegramente con él.

En cambio, otras obras se desarrollan en un circuito abierto. Es la novela concebida como archivo experimental, como pieza en la cual se ensartan realizaciones objetivas seriadas. Es la novela de provincia que leemos en Julien Green, François Mauriac o Edouard Estamié. El autor es un demiurgo. El lector, un espectador más. Ambos son ajenos al asunto y los personajes se mueven con rigurosa precisión. Lógica absoluta: un paso en falso y la novela será distinta. El lenguaje, gramaticalmente correcto y claro:

lenguaje burocrático. Lenguaje de informe oficial, de código civil como pedía Stendhal.

Ya no imperan aquí las grandes masas y la simpatía sino los imponderables. La técnica narrativa, la labor de lima y un aparatoso dramatismo en las situaciones son elementos imprescindibles. Juega e impera el personaje, un personaje cualquiera que en otras circunstancias no representaría nada. Es el caso de Gide. Es el caso de Giono absorbido por el paisaje. Es la novela de tesis. Cosas que *animan el alma pero no la llenan*, decía Senancour. Por eso este tipo de novela será siempre *realista*.

Ahora bien: hay un buen realismo como hay un mal realismo. Hay un realismo válido como un mal realismo. Hay un realismo morboso y despreciable. Realista es Zola y realistas son Giono y Dostoievsky. Pero el realismo de Zola es tectología y, por consiguiente, huida de la realidad con elementos tomados de la misma. Realismo que sólo lo es en grado mínimo no es tal sino su plagio repetido. (Nada más aburrido que los monstruos, decía Eugenio D'Ors. Son todos parecidos). En Giono, en cambio, late y vive la realidad. Pero una realidad en que la vida se disuelve en el paisaje y el hombre sólo es, entre otros, un elemento más. Pero quizá donde la palabra "realismo" tenga exacto sentido sea en Dostoievsky.

Es la suya una interpretación de la realidad en función de hombre. Todo en él lleva al problema antropológico y su luz se irradia a veces ennegrecido. Recorre todos los matices de lo humano. Desde el hombre en estado puro, casi universal, hasta el santo y el héroe.

Ahora bien: en virtud de qué mecanismo, de qué existencial articulación se da esa comprensión del hombre es cosa que puede expresarse en una fórmula quizá aparentemente simplista. Su problemática va a centrarse en el conflicto latente entre el espíritu y el alma. Entre su espíritu: Europa — y su alma: Rusia. La polémica se trata entre lo adquirido, el barniz, y las tendencias profundas de su ser. Y, a pesar de sus tremendos esfuerzos, Dostoievsky actúa siempre como un ruso desarraigado de su medio por la cultura europea íntimamente extraña a él. Todas sus valoraciones y juicios llevan esa impronta. No sería aventurado decir que él mismo tenía conciencia de esa dualidad y trataba por todos los medios de evitarla: *nuestro pueblo*, decía hablando de Puchkin, *encierra en su alma esa tendencia a identificarse con los demás pueblos, y hacia una universal reconciliación como ya lo evidenció más de una vez en las dos centurias transcurridas desde las reformas de Pedro*.

De la misma manera que Sócrates es para Nietzsche el hombre diametralmente opuesto al espíritu griego, lo es también Dostoievsky para el espíritu ruso. Expresiones características del espíritu ruso son su amigo Nekrasov, su admirado Puchkin, Rasputin, etc. El hombre ruso adora la alusión, el clima equívoco, es místico y soñador, odia el análisis — hechos que explican la pasión de Rilke por Rusia. Es mistagogo y tiende a servir a la Humanidad, con *h* mayúscula, como Tolstov, o es soñador y vagabundo como Gorki. En este sentido la figura general de Dostoievsky nada tiene que ver con el pueblo ruso. Sus tendencias y su origen hacen de él un europeo. (Es sintomático, además, que sus mejores críticos, como es: los autores que escribieron los dos mejores libros sobre él, Berdiáeff y Chetov, fueran también esencialmente europeos).

Es sabido —y la biografía de su hija Amada lo establece claramente— que su rama paterna se estableció en Lituania cuando la corriente normanda se desplazó hacia allí y en su formación, esencialmente francesa, sobresalía su admiración por Balzac.

Sin embargo, nadie expresó mejor el alma rusa. Es un poco el caso de Soloviev, formado en el idealismo europeo e intentando elaborar un sistema convergente con el alma rusa. En las obras de Dostoievsky vive siempre Rusia, vive ardiente. Vive apasionada y soñadora, terrible y pusilánime en sus sentimientos encontrados. En esas mujeres que recuerdan a las mujeres de la Biblia. En esos hombres que oscilan entre la santidad y la blasfemia, entre lo profundamente inocente y lo profundamente satánico. Y vive Rusia en esos hombres elementales. En esos hombres sobre los que parece complacerse insistien-

do en su complejidad. En un, como todos los suyos, admirable ensayo, Jacques Rivière acentúa este último aspecto. El hombre de Dostoievsky es complejo a causa de su ser elemental, inabismablemente individual. A causa de estar gobernado por fuerzas minerales, por impulsos primarios e irreductibles, por leyes propias. Cuando es algo lo es consciente, naturalmente, no forzada por circunstancias inmediatas. Kafka y Alain Fournier muestran patéticamente esa diferencia. El ensueño encaja perfectamente en *El Gran Meaulnes* mientras que en las novelas de Kafka gravita como apuesto y a manera de fuerza extraña. En Dostoievsky todo habla de abismos insondables. De realidades profundas, gobernadas por leyes que están más allá de la lógica corriente y de la razón razonante. Cuando quiere reaccionar contra la lógica del "dos más dos son cuatro", como lo llama despectivamente, lo hace con gesto de inéltape, con gesto de hombre harto de cosas superficiales y acostumbrado a ver en las tinieblas. Parece superior a Balzac, decía Daniel Rops, no por la cualidad de su genio sino por la de los problemas que ha planteado.

Si alguna vez, agregaría Chestov, fué escrita la *Crítica de la Razón Pura*, donde debemos ir a buscarla es en Dostoievsky, en la *Voz Subterránea* y en las grandes novelas sueltas de ella. Sin embargo, la crítica de la Razón, en tanto que razón razonante, tampoco la Liza Dostoievsky. Las *Memorias del Subterráneo* son un largo monólogo que no prueba nada. Representan el esfuerzo de un hombre apasionado por gritar, patéticamente: gritar, una verdad. Pero nada más. El grito es sólo una forma de expresión visceral articulada sin el consentimiento del espíritu. Esfuerzo vacío en el vacío dialéctico. Pero Dostoievsky no era un lógico profesional, ni un casuista de oficio y no necesitaba de las argucias de la razón. Por eso lo que en él toea, en sentido claudeliano, es su hombría, su intuición del hombre en tanto que persona.

En la novela de tipo "realista" donde no se establece el clima de suspensión, el personaje literario puede aparecer de dos maneras: como persona y como gente. En la época moderna puede rastrearse claramente la genealogía de ambos. La persona se da en los momentos de gran dignidad política, de predominio de los mejores. ¡Barroco! ¡Romanticismo! La gente se muestra profusamente como personaje literario cuando las masas se apoderan de la cosa públi-

ca. Cuando la política y la diplomacia dejan de ser obra de los mejores y, si, esclavas de los caprichos de la mitad más uno hasta culminar en la novela americana de hoy. (Símbolo: Babbit.). No se ha visto nunca —salvo en la literatura de barricada a lo Barbuse, Remarque o Sheriff— tanto personaje standardized, tanta gente reunida.

En Dostoievsky, como buen reaccionario — en sentido chestertoniano, sus personajes son siempre personas. Para ellos su contorno se transforma en "mundo". La nota esencial de la persona se muestra cuando su perfil espiritual se da como mundo. Los *Poseídos* tratan de mostrar los fundamentos estéticos de la moral. El arte por el arte es el arte para Dios. La pasión lo es por la santidad. El único y verdadero amor es la afirmación de la eternidad. Así sustentada la antropología dostoievskiana adquiere proporciones grandiosas. El problema de la persona entronca en el de la inmortalidad y el tema del destino del hombre es, sobre todo, el tema de su libertad.

He aquí, pues, el sentido cristiano de Dostoievsky. El tema de la libertad da la clave de su pensamiento y de su íntimo sentir. Su genealogía es evidente. Cuenta su hija que sus abuelos eran sumamente religiosos y el propio Dostoievsky recuerda en sus obras la inmensa impresión que le producía la lectura de la Biblia, escuchada en la Iglesia. Quizá sólo Lamartine, Claudel y François Villon revelen tan claro recuerdo de sus lecturas bíblicas.

Verdad y Libertad son para él la misma cosa. Pero la Verdad es Cristo y la verdadera Libertad sólo se halla en Cristo. *El secreto fundamental de Cristo*, recuerda Berdiaeff, es el secreto de la libertad. En Cristo se nace y en Cristo se muere. Entre ese nacimiento y esa muerte está la vida, nuestra vida y también la de los personajes de Dostoievsky. Vida cuyo fundamento real es la libertad. La libertad inicial por Cristo. La libertad final para Cristo. La fe en el escritor ruso, dice André Suárez que lo comprendió y apreció como pocos, es una voluntad de vivir, una afirmación de ser, que el amor exige, que implica el bien y justifica la vida. Precisamente esa fe, esa férrea voluntad de creer, es lo que lleva a Dostoievsky a identificar el ateísmo y la soledad.

El destino del hombre, la instancia ontológica es darse a los demás hombres y a Dios — instancia mística. Pero puede rehusarse a cum-

plir esa instancia y proclamar que se basta a sí mismo, que puede vivir sin los demás, o en caso contrario, considerarlos como instrumentos suyos. Vivir para sí es en él la libertad absoluta. Ese desencuentro del hombre con sus instancias, lo que constituye su finalidad, es el ateísmo. Individualismo y ateísmo son, pues, correlativos. El ateo no es, sin embargo, en Dostoievsky, un tipo único. Hay en sus novelas toda una gama cuyos escalones van coincidiendo con los distintos grados de esa inversión (1).

Esa búsqueda apasionada de Dios se resuelve, por una parte, mostrando el camino que hacia Él conduce. Por la otra: elaborando su propia ruta. El lector encontrará en Dostoievsky lo que quiera o lo que pueda. En cuanto al propio novelista reaccionó también como pudo. Ya no se trataba de un mero juego personal.

En su correspondencia con Jacques Rivière, Alain Fournier relata a éste sus impresiones sobre *El Idiota* y le dice: quizá este libro sea el puente que durante mucho tiempo he buscado entre el mundo cristiano y mi mundo. Aquí y allí aparece el país profundo, entrevisto a veces, en que las almas liberadas se reconocen y se hablan. Esto es lo que puede verse analizando espectralmente sus personajes. Es lo que le dicta la realidad. La verdad de lo que debe ser en contradicción con lo que el mundo era en su tiempo o, por lo menos, tal como él podía verlo. Otra cosa distinta, ¡y qué distinta! fueron sus juicios sobre el catolicismo. Tan distinta que podrían interpretarse como la reacción de un resentido a quien su alma —el alma rusa— esclaviza y martiriza.

De nuevo aparece aquí el alma rusa y, con ella, el sistema de referencias para todas las valoraciones de Dostoievsky. A éste le molestaba el brillo de Roma porque no comprendía su pasado y no sentía su eterno presente. Rusia no vivió la Edad Media y, por consiguiente, no conoció sus esplendores. De la invasión de los bárbaros pasó súbitamente a la invasión de los enciclopedistas franceses y a Pedro. Esa fue la gran laguna que Dostoievsky no pudo salvar. Laguna que explica el tremendo misterio del alma rusa que orientaba y conducía a Dostoievsky.

J. A. GARCÍA MARTÍNEZ.

(1) Una concienzuda caracterología de los tipos ateos en las obras de Dostoievsky la encontrará el lector en *Le problème de l'athéisme vu par Dostoievsky* de Stanislas de Lestapis.



